

Luis Meana

### **Díaz Vega**

El problema de este señor, árbitro de mucha condecoración internacional y mucho pirindole, no es, como ha dicho Rexach, que sea más o menos chulo, que lo será o no lo será, lo que, para el caso, una higa, porque de una cosa o de un asunto importa la causa, no el efecto. Y la causa aquí, más que una supuesta chulería, es un defecto congénito de este Sr. Díaz Vega, a saber, que es demasiado guapo para árbitro, un oficio que, de por sí, está pensado para feos, malcarados y garrulos. Por decirlo así, es este hombre tan guapo que, para que la cosa hubiera ido bien, tendría que haber nacido en Hollywood y ser actor en cinemascope y salir retratado en las grandes carteleras del mundo. Como por gajes del oficio, o sea del destino, ha nacido más bien ultramontano, o sea por Hispania, y ha tenido que hacerse bancario en vez de galán cinematográfico, para calmar ese ansia de cinematografía y protagonismo no ha tenido más salida que hacerse árbitro, que es la forma más fácil que existe para que te pongan en un escenario inmarcesible, un estadio con más de cien mil espectadores, te dejen recitar un papel y tengas a las cámaras de televisión pendientes de ti todo el rato. Por consiguiente, el problema de este hombre no es, como dice su hermenéutica barata, que sea chulo, el problema es que tiene a su yo por mucho más importante que su oficio, un yoísmo que nunca tiene bastante, por mucho que tenga. Cada vez que este hombre sale a un campo, especialmente si es de más de cien mil espectadores, el estadio entero ha de volverse un punto negro en el que sólo brille su luz propia, y el juego ha de convertirse

en una irrelevancia para que la relevancia sea toda de él y de su pito. Como les pasa a muchos guardias de circulación y a casi todos los sargentos chusqueros, lo único que importa de todo ese espectáculo del fútbol es que todo el mundo vea quién lleva en el campo los galones. Una enfermedad, infantil, conocida como "autoritaritis" y que les entra siempre a los que no tienen autoridad. No es, por tanto, extraño que sienta una atracción fatal por el Nou Camp, y que tenga una fijación obsesiva con Cruyff: el sueño de todo advenedizo es matar al pistolero más rápido y reconocido del Oeste, el sueño de todo erudito a la violeta es encontrarse en su casino con Einstein, largarle una confusa pregunta y poder contarles a los de su pueblo cómo lo ha metido en aprietos. Llevaba este prohombre una temporada sin meter mucho ruido, estaba como sociológicamente acurrucadito, una situación que, ya se sabía, no podía ser ni de mucha duración, ni de mucho aguante porque, como se sabe, el criminal siempre vuelve al lugar del crimen. Precisamente porque no puede dejarlo: la pulsión patológica del crimen es mucho más fuerte que cualquier propósito o freno. Estábamos, pues, ante la crónica de una muerte anunciada: ya se sabía que, cuanto más durase el silencio, más furiosa sería la explosión compulsiva. En criminología se sabe que, cuanto más aguanta el criminal, más cruel es su próximo crimen. En cuanto este celeberrimo árbitro se vio en el gran estadio, le pudo, una vez más, la patología: compulsivo, le atrajo de inmediato, como a todo obseso, la pierna, la teta, la mano que los demás no habían visto, aquel rasgo fatal por el que estaba esperando. Haya hecho lo que haya hecho Cruyff, la provocación es aquí, más que causa, disculpa

ansiada, pretexto bienvenido por quien sólo necesita un guiño, una señal, para dar suelta a su obsesión, soltar su recital, mostrar al mundo su incomparable psicoestética. Así que la armó como la arma siempre quien entiende que su yo es mucho más importante que el mundo. Y es que este Marlon Brando de los campos de fútbol de España, de pelo y estética planchadas, todavía no se ha enterado de algo tan elemental como esto: que sólo se es árbitro cuando no se es arbitrario.